

JUEVES DE LA XIII SEMANA ORDINARIA

Am 7, 10-17

La palabra de Dios no siempre es agradable, cuando reconforta, cuando da confianza, cuando anima, quiere uno sentarse a su sombra y descansar bajo su protección; pero cuando la Palabra exige, echa en cara, aun amenaza, queremos pasar sobre ella con la mayor velocidad posible pues escuece, punza... Lo mismo pasa con el profeta Amós. Puede llegar a hacerse odioso, insufrible, y a ser objeto de amenazas, se le quiere alejar, se le mata... Siempre ha pasado así con los profetas.

Esto sucedió con Amós. El sacerdote del culto oficial lo denuncia y lo amenaza. Pero Amós responde que él no es profeta de oficio como los había muchos en su tiempo, implicados en prestigio, en lucro, en agradar para lograr más.

"Yo no soy profeta, ni hijo de profeta", "El Señor me tomó de entre el rebaño y me dijo: Ve y profetiza..."

Terrible vocación del profeta, estar a disposición de la Palabra, sin ninguna otra mira ni contemplación.

Recordemos que por el don de la fe, todos, cada uno a nuestro modo, somos profetas.

Mt 9, 1-8

Hoy escuchamos la curación del paralítico. La actitud de apertura de una fe confiada e intrépida. Y la doble salvación, la interna, profunda y radical: **"se te perdonan tus pecados"**; y la externa y física: **"levántate y anda"**. Esta última, muy comprobable, va a ser la expresión de la otra sanación, imposible de comprobar, pero las dos provienen de la misma fuerza salvífica de Dios en Cristo.

Lo interno siempre tiene la necesidad, para manifestarse y para **"sobrevivir"**, de ser expresado en lo externo y visible. El Dios trascendente, invisible, puro espíritu, se nos hace realidad visible, palpable y audible en Jesús.

Nuestros sacramentos, especialmente la Eucaristía, están en la misma línea: lo interno y profundo se hace presente por los signos.